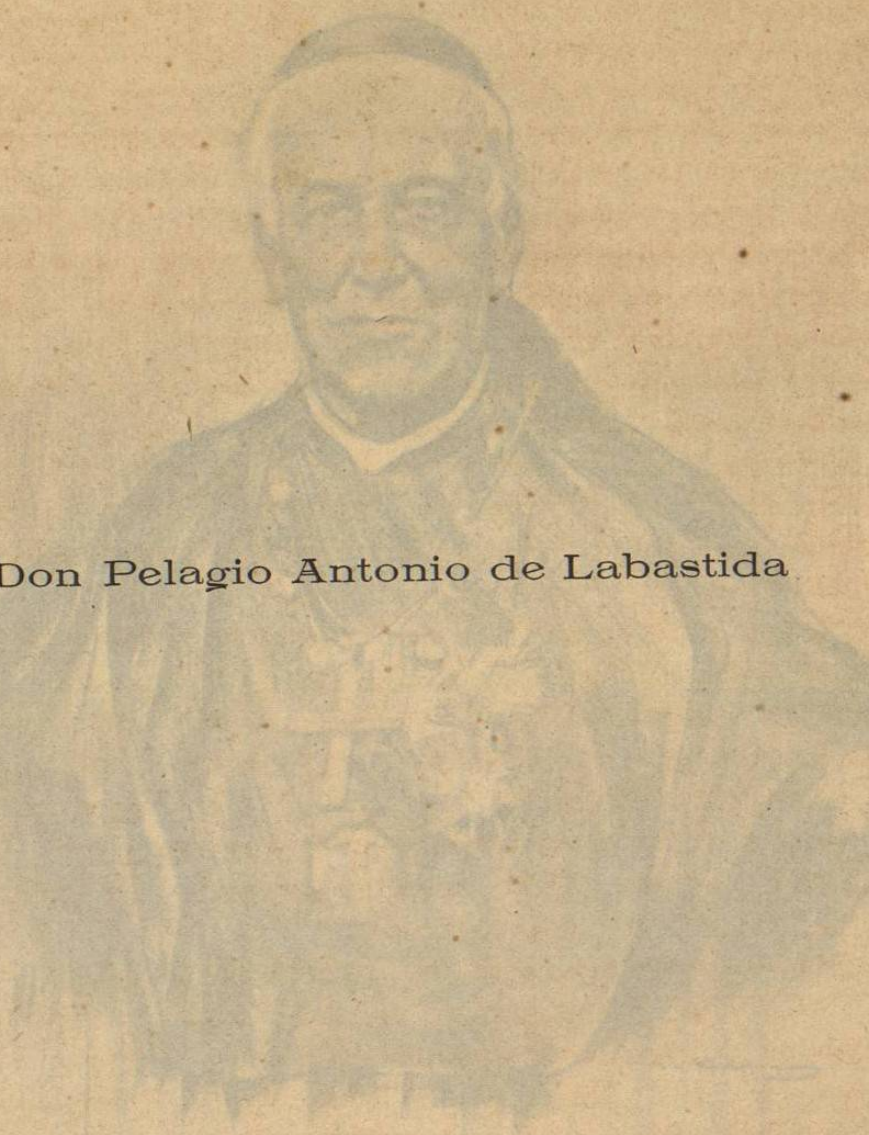


rialista y francés. ¡Singular idea; pero el cerebro de Napoleón bullía en ideas generales, no tenía otras, y singulares, no tuvo otras!

☛ Si Almonte no personificaba propiamente ninguno de los factores del venturo monarquismo mejicano, porque fué un descarnado egoísta que nunca ligó propiamente su ambición con algún ideal de bienestar para su país, no puede decirse lo mismo del petulante D. José Hidalgo Esnaurrizar. Su evolución había sido la de la mayoría de los burgueses mejicanos DE BUENA FAMILIA en igualdad de circunstancias: hombre de más urbanidad que cultura, no educado, sino BIEN EDUCADO, someramente al tanto del movimiento literario y político europeo, de inteligencia mediana, excesivamente inferior á su presunción, Hidalgo Esnaurrizar, como todos los de su clase, tenía un patriotismo que se componía de estos dos elementos: aborrecimiento á los YANKEES, amor á nuestro pasado español. Podemos reunir estos dos factores en uno solo: apego absoluto á la religión de los padres: UBI CRUCEM IBI PATRIA, tal pudo ser su divisa. Formó parte de uno de los batallones de pisaverdes que comulgaron en EL PEÑÓN la víspera de la entrada de los YANKEES en el Valle; se habría batido, porque, hombres de pundonor todos esos jóvenes POLKOS, á haber tenido jefes de corazón entero y cabeza en su lugar, habrían luchado como buenos caballeros, no hay que dudar. Luego obtuvo un puesto en una legación y logró acompañar y admirar á Pío IX en su destierro de Gaeta, y allí, su grande odio á las ideas reformistas comprendido en su patriotismo, recibió la bendición pontifical; se sintió armado caballero de las ideas rancias y el nuevo cruzado penetró en los salones y BOUDOIRS con arrostos de conquistador de corazones para su causa y para su alcoba; así lo santo y lo dulce se confundían en delicioso consorcio. En el mundo político, sin las damas no hay posibilidad de buen suceso, y de este punto se encargó Hidalgo Esnaurrizar por medio de la familia de la Emperatriz; cuando empezó la guerra de Reforma, sus únicas esperanzas fincaban en España, y de él tenemos una carta famosa implorando la intervención del Gabinete español en los asuntos de Méjico, una suave reconquista. Luego que se entrevió la posibilidad de una intervención francesa, por los informes de Saligny, agente de M. de Morny, Hidalgo maniobró con tanto celo que, Eugenia, quien, según decían, tenía sangre de Moctezuma en las venas, no acarició, al mediar el sesenta y uno, otra idea que aquistar á Méjico, el pueblo relapso, y ponerle el sambenito de una monarquía paternalmente dura, aunque para ello fuese necesario derramar un poco de sangre francesa, aun cuando fuese necesaria una pequeña guerra: «mi guerra de Méjico», decía la Emperatriz, como Chateaubriand había dicho cuarenta años antes: «mi guerra de España». ¡Jamás la trama de una comedia cortesana se había tejido tan apretadamente en la urdimbre de una tragedia histórica!

☛ Hidalgo sí que personificaba el partido neo-monárquico mejicano, compuesto de burgueses devotos y libertinos, aspirando á figurar en alguna corte, convencidos de que sólo Francia podía salvar á Méjico de los americanos y del gobierno de LA CANALLA LIBERAL, muy elegantes en cuanto podían imitar el modelo de París, teniendo por todo ideal el gobierno de un grupo de DECENTES oscilando

Don Pelagio Antonio de Labastida





entre la misa y el baile. El apogeo de este elemento simpático y profundamente nulo del grupo monárquico, se efectuó cuando, vestido de CHARRO MEJICANO, el joven partido conservador de la capital montó á caballo y marchó en gallarda mesnada, relumbrantemente ataviada, al encuentro de la imperial pareja que había posado en la Villa de Guadalupe; D. José Hidalgo Esnaurrizar habría podido capitanearlos.

☪ Monseñor Labastida también personificaba otro elemento del monarquismo: el eclesiástico. Este elemento veía claro en sólo este punto: destrucción del Gobierno reformista: esto era lo que deseaba ardientemente. Aceptaba la monarquía con tierna sonrisa delante de LAS PALOMAS ACURRUCADAS EN EL TIBIO Y AFELPADO NIDO DE MIRAMAR, pero con la convicción ó con la condición de que se habían de devolver al clero los bienes de que la Reforma lo había inicualemente expoliado. Ahora bien: el clero ¿estaba convencido de esto? ¿creía que el Gobierno que iba á suceder al reformista iba á desandar el inmenso camino andado en el último lustro? Así lo creía el jefe de la Iglesia mejicana y esta creencia la infundió en su clero; no pensaba, cierto, ni que tornasen á levantarse los muros de los conventos derruídos, ni que volvieran á los altares las joyas del tesoro de las iglesias; pero sí que, declarándose perfectamente ilegítima la desamortización, en principio, se exigiese á los adjudicatarios una indemnización por daños y perjuicios y se devolviese todo cuanto hubiese sido mal nacionalizado ó no lo estuviese todavía. Así veían las cosas los clérigos partidarios de la intervención (no todos lo fueron), no fiando mucho en Napoleón (todo era reservas el clero respecto de este personaje), pero sí en las palomas de Miramar, según la frase de Monseñor Labastida. En suma, á ejemplo de su jerarca, el clero fué monarquista, SUB CONDITIONE; por supuesto, este juicio sólo puede emitirse sobre el conjunto; numerosos eran los individuos que en esta corporación, que tanto trabajara antaño por la Independencia nacional, se mantenían fieles á la Patria y á la República más ó menos ostensiblemente.

☪ Otro tipo: el Padre Miranda; era éste el más singular y con Gutiérrez Estrada el más interesante de todos; ya lo delineamos; busquémosle aquí su significación; ya sabemos quién era, sepamos lo que era. Era el representante del partido reaccionario puro, del partido de acción y de violencia. Representaba á Márquez, á Zuloaga, á Mejía, á Cobos, á los intransigentes, á los partidarios del triunfo de la reacción á sangre y fuego; para él los asesinatos ordenados por Márquez, los plagios ejecutados por Cobos, los robos y saqueos practicados por todos eran contingencias de la guerra que no le quitaban ni su santidad ni su prestigio; EL TERROR era el prestigio supremo para Miranda; no era un sanguinario, era un implacable, era un fanático imperturbable y frío. Por estas ideas y por este carácter su ascendiente sobre los elementos militantes de la reacción era extraordinario; era de hecho el ministro de Relaciones de la facción en armas; luego recibió este formal encargo de Márquez y Zuloaga; no lo necesitaba, era eso. Gutiérrez, Almonte, Labastida, lo pusieron pronto al cabo de los proyectos imperiales y los aceptó con brío, porque comprendía que sólo ayudado por Europa podía sobreponerse su partido en Méjico, y el padre Miranda no era un apóstol,